

Ciclo en colaboración con el Ministerio de Cultura

«Libros y lectura: cinco momentos históricos»

Intervinieron Agustín García Calvo,
Domingo Ynduráin, Maxime Chevalier,
Nigel Glendinning y Jaime Cerrolaza

La Fundación Juan March, en colaboración con la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, organizó a lo largo del pasado mes de mayo un ciclo de cinco conferencias titulado «Libros y lectura: cinco momentos históricos». Francisco Bobillo, director general del Libro, en su intervención inaugural, señaló que la finalidad del ciclo era ver cuál había sido la importancia que el libro tuvo en distintos momentos históricos. «Una importancia —señaló— medida no por los índices de lectura, que seguramente serían ínfimos, y además los desconocemos, sino por la importancia que la lectura pudo tener en la formación de los individuos. Los libros han servido para arrojar luz, para alejar supersticiones, para privarnos de miedos determinados: y esto se verá en el ciclo.» Un ciclo en el que intervinieron: Agustín García Calvo, Domingo Ynduráin, Maxime Chevalier, Nigel Glendinning y Jaime Cerrolaza.

Agustín García Calvo (Zamora, 1926) fue catedrático de Filología Latina en Sevilla y posteriormente en Madrid, de cuya cátedra sería expulsado por razones políticas en 1965 (y años después repuesto). Su abundante obra se reparte entre la filología clásica, el ensayo lingüístico y la propia creación poética. Es Premio Nacional de Ensayo 1990 por *Hablando de lo que habla*.

Domingo Ynduráin (Zaragoza, 1943) es catedrático de Literatura Española en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha preparado ediciones anotadas y entre sus libros pueden citarse *Introducción a la metodología literaria*, *Aproximación a San Juan de la Cruz* y *Humanismo y Renacimiento en España*.

Maxime Chevalier (1925) es catedrático emérito de la Universidad de Burdeos, en la que ha sido director del Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos. Es autor, entre otros libros, de *Lecturas y lectores en la España de*

los siglos XVI y XVII, Cuentos folklóricos en la España del Siglo de Oro y Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal.

Nigel Glendinning (Londres, 1929) ha sido catedrático de Lengua y Literatura Hispánicas en las Universidades de Southampton, Dublín y Londres; desde 1958 viene publicando libros y ensayos sobre la cultura española del siglo XVIII, fundamentalmente. Es autor, entre otros títulos, de *Historia de la Literatura Española: siglo XVIII* y *Goya y sus críticos*.

Jaime Cerrolaza (Madrid, 1941) hizo estudios de Filología alemana y de Filosofía en Madrid y Munich. Desde 1967 es profesor de Literatura alemana en la Universidad Complutense. Sus trabajos de especialidad se ocupan, entre otros temas, de la diversidad regional en la literatura y de la literatura centroeuropea como producto del mestizaje étnico, lingüístico y cultural.

Agustín García Calvo

Libros y lectura en la Antigüedad clásica: hablar con los muertos

La Antigüedad grecorromana, después de todo, es cosa de anteayer, no sólo con respecto a los hombres, sino también a la escritura y los libros, pues podemos pensar en formas de escritura en civilizaciones mesopotámicas de hace diez mil años. Homero, su literatura de hace ocho siglos antes de Cristo, está, pues, más cercano a nosotros que a aquellas muestras de escritura. Hay que advertir, no obstante, que la escritura no es el lenguaje. Éste no es cultura, está por debajo de todas las culturas, y la escritura sí es cultura y además es el comienzo de la cultura en sentido estricto, o sea el comienzo de la historia. El lenguaje es la única cosa de veras popular y la escritura es siempre de los señores: del dominio de la gente, en definitiva.

Establecido esto, entremos, pues, en lo que es el origen de nuestra literatura: los poemas homéricos. No me cabe duda de que estos poemas, la *Ilíada*, en primer lugar, se fabricaron por escrito, en libro (en una serie de libros, mejor dicho; pues el libro consistía en el rollo de papiro, invento aprendido de los egipcios, y una obra como la *Ilíada* necesitaría 24 rollos). Estamos, pues, ante una obra escrita a partir de una larga tradición de épica oral de unos pocos siglos anteriores a Homero. Quisiera destacar que en estos poemas homéricos no aparece ni la escritura, ni la lectura, ni el libro. Esto se entiende pensando que aunque Homero manejaba la escritura —la escritura aprendida de los fenicios y que se conocía desde tres siglos antes—, lo cierto es que él sentía que esto era un invento reciente y que no podía figurar entre los héroes de la guerra de Troya, que él ponía en un pasado relativamente lejano



como de 500 años antes de él mismo. Pero esos textos homéricos son escritos y se leen.

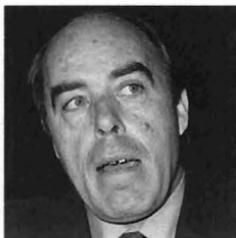
Y de Homero podemos saltar a otros ejemplos: a Platón y su diálogo *Parménides*, a principios del siglo V a. de C., en el que hay un trozo en donde aparece la expresión «oír los escritos» (referidos a los de Zenón de Elea, de los que apenas podemos recoger más que noticias indirectas, una de ellas a través del diálogo de Platón, pues pertenecen a la literatura no conservada, que es, por supuesto, la inmensa mayoría de la literatura antigua). Esto es importante porque describe una práctica normal: gente que se reúne para oír la lectura. Lo cual no quiere decir que la compra de libros en Atenas estuviera restringida, pues hay que contar con el uso individual, personal, muchas veces. Hay otro texto que nos da idea de cómo andaba la economía del libro en tiempo de Sócrates, que Platón evoca en la *Apología* o Discurso de Defensa de Sócrates. Hay un momento en el que el acusador sostiene que Sócrates no reconoce los dioses que el Estado reconoce. Sócrates se defiende con que le está confundiendo con los físicos, verdaderamente ateos, en concreto con Anaxágoras, y que le atribuye cosas que cualquiera puede leer en los libros de éste por el precio que dice: «...a lo más caro por un dracma en las tiendas de tras el teatro...», y esto incluso se lo pueden permitir los jóvenes, dice Sócrates. Haciendo complicados cálculos podemos pensar, medio en broma, que un libro costaría lo que cuesta hoy. Y es que la Antigüedad, después de todo, es cosa de anteayer, y las transformaciones en la escritura y en la lectura no lo son tanto. Lo fundamental sigue rigiendo.

Domingo Ynduráin

Libros y lectura en el Humanismo y Renacimiento

En la época que nos ocupa, se produce una novedad bien conocida y valorada: la aparición de la imprenta. Hacia 1500, la impresión de los textos es algo extendido y consolidado en toda Europa. La rápida expansión del nuevo invento se explica por varias causas: una, el beneficio económico que tal actividad reporta a los talleres y, en consecuencia, a los autores; otra, la difusión en cientos de ejemplares que permite el sistema; y otra, por fin, la exactitud que garantiza la reproducción mecánica frente a la copia hecha a mano. Todas estas ventajas explican la rápida consolidación de la imprenta. Sin embargo, la nueva técnica no sustituye en todos los casos a los usos heredados y tradicionales. Hay situaciones en las que sigue siendo preferible el manuscrito.

De esta forma, los manuscritos y el libro impreso continuaron coexistiendo durante mucho tiempo sin mayores problemas y cada uno tenía su ámbito de influencia bien definido. Por otra parte, algunas de las costumbres y usos de los manuscritos se reproducen en el caso de los libros impresos; otros son nuevos. Hay un dato fundamental y es que la mayoría de la población es analfabeta. Aproximadamente sólo un 20% es capaz de leer de manera comprensiva un texto normal, y de ese 20% son muy pocos los que por obligaciones profesionales o por gusto leen de una forma habitual. Pero, por otra parte, los libros, sean impresos o manuscritos, son caros. Esto significa que a pesar del corto número de lectores, cada lector dispone de muy pocos volúmenes en propiedad. Sólo los nobles y los profesionales poseían libros y leían; también algunas gentes humildes sen-



tían la necesidad de leer y de poseer libros, dentro de sus posibilidades. No tenemos datos, sin embargo, sobre las lecturas de estos individuos, pero sí sobre las de otros profesionales de las letras; de esta manera sabemos que habían leído más libros de

los que poseían; una de las maneras normales de disponer de libros sin necesidad de comprarlos es el préstamo.

Ahora bien, la lectura directa no es la única manera de acceder al contenido de un libro. Cabe la posibilidad de que alguien lea en alta voz para que otro u otros escuchen; y es una posibilidad muy extendida. Así se realiza, por ejemplo, la transmisión de muchas obras religiosas. No hay que olvidar, además, los estudios universitarios en los que tanto en la Edad Media como en el Renacimiento el único que tiene libro es el profesor, mientras que los alumnos copian apuntes o recuerdan de memoria lo que oyen. Y es que en el mundo antiguo estaba muy desarrollada la atención a la palabra hablada, lo cual explica que otro de los canales de la difusión cultural sea la predicación, los sermones, la música o la simple transmisión oral. Hay que advertir que la literatura o, si se prefiere, los textos no sólo enfrentan la transmisión manuscrita con la impresa, sino que ambas se enfrentan con la difusión oral. No obstante, la transmisión de romances no se hace sin el apoyo de impresos, los llamados pliegos de cordel, que son el vehículo de la literatura popular, en la que participan todos los lectores. Los humanistas utilizan, en general, el latín; los libros de divulgación prefieren el romance. En el tránsito del Humanismo al Renacimiento se mantiene una dura pugna entre ambas lenguas.

Maxime Chevalier

Libros y lectura en el Siglo de Oro español

Me permito escoger un asunto de menor extensión: los lectores de la novela. De menor extensión, pero no de menor alcance, pues es una cuestión apasionante porque en los primeros años del siglo XVII nace la novela moderna, y ésta no puede vivir sin público. Cervantes sabía que iba a tener lectores: si no no hubiera escrito el *Quijote* ni *Las novelas ejemplares*. ¿Cuál fue, pues, el público que abrigó el nacimiento de la novela? Una de las primeras observaciones que cabe hacer es el carácter limitado del público lector; esto es achacable al analfabetismo. No hay estadísticas, pero no hay duda que fuese crecido en ciudades, entre artesanos y criados, y crecidísimo entre campesinos.



A esta limitación de orden cultural se añade el precio de los libros, aunque éstos en ocasiones se vendieran a precios muy razonables en almonedas y subastas. Indudablemente esto es importante; con todo, un hecho que suele pasar desapercibido limita su alcance: el libro, entonces, cae dentro del terreno de lo superfluo. Este concepto se aplica con rigor absoluto a la literatura de entretenimiento. Las obras devotas no tropiezan con el mismo prejuicio. Por eso predominan los libros devotos en las casas humildes de la España antigua.

Público reducido, indudablemente. Pero ¿qué público? La situación nos lleva a valorar con exceso la importancia del leer. Un pueblo del siglo XVII muy bien podía vivir sin libros. Y en efecto vivió. La agricultura, la artesanía se enseñaban sin apelar al libro; oralmente. Conviene, además, valorar adecuadamente el saber leer hacia 1600. No

se le ocurre a Alonso Quijano la idea de enseñar a leer a Sancho, y tampoco a éste pedirselo (únicamente cuando el escudero viene a ser, inesperadamente, gobernador, observa Alonso Quijano que le está mal no saber leer).

Por otra parte, se habla mucho de la lectura en alta voz, de la oralidad. Conviene distinguir dos formas de lectura en alta voz, que corresponden a realidades distintas: la lectura delante de una persona culta, o unas personas cultas; y por otro lado, la lectura ante un auditorio parcial o totalmente analfabeto. Varios textos nos hablan de lectura de versos en lugares públicos: textos de Cervantes o de Quevedo, y todos censuran o hacen burla de esa costumbre. Vienen localizados en ciudades, en la Corte. Pero mejor nos vendría a cuento un texto que nos hablase de un pliego descifrado en algún rincón de España. Este texto no lo hemos descubierto, o nunca se escribió. Pero no podemos dudar, por ello, de que se diera este tipo de lectura: el lector no leería con tanta soltura como el poeta de *La hora de todos*, acaso descifraría penosamente los versos del romance. No serían más cultos los oyentes. Pero, en definitiva, de la lectura de textos en voz alta delante de un público iletrado no sabemos casi nada. No quiero discutir la posibilidad de tales lecturas, pero conviene no exagerar su alcance. En resumen, en el reducido público de la novela predominarían los caballeros, que no se distinguían en la España del XVI por su mucha cultura; pero era un público, y sin él, tal vez no se hubiera impreso el *Quijote*. Estoy dispuesto, pues, a perdonarles su «incultura» a los caballeros del XVI.

Nigel Glendinning

Libros y lectura en la Ilustración

Quiero recordar dos visiones de la imprenta y de su impacto sobre la sociedad del fines del XVIII y principios del XIX, muy optimistas: son de la misma época y ahora parecen un poco ingenuas. Pero hay que respetar la confianza que expresan en la eficacia de los libros: su contribución a los grandes cambios históricos. Se trata de la oda a la imprenta de Quintana, un texto muy conocido, y otro que lo es menos, un poema también, éste de Norberto Pérez de Camino. Quintana piensa que los libros traen el progreso; gracias a ellos tenemos amor y paz; y al final, levanta un monumento a Gutemberg, en el que subraya la victoria de la inteligencia sobre la estúpida violencia de la fuerza.

Pérez de Camino, por su parte, declara que la imprenta es «la más poderosa causa de la civilización actual», fuente de la libertad del hombre; de ahí «los esfuerzos de los tiranos para inutilizar sus beneficios». El poema de Pérez de Camino celebra los efectos de la opinión pública, y esto es un concepto nuevo a fines del siglo XVIII. Irónicamente ambos autores sufrieron los rigores de la censura política o debieron recurrir a la autocensura. Y es que la historia del libro está llena de ejemplos parecidos: de rigores y de censuras. Pero a principios del siglo XVIII el libro en España tenía más necesidad de estímulos para el comercio que de restricciones. Entonces el problema era más bien económico que político.

Un librero francés, que se asentó en España a mediados del XVIII, atribuía el estancamiento del comercio del libro a los privilegios para la publicación de libros de mucha venta concedidos a hospitales, comunidades, órdenes religiosas, universidades; y al sistema de



censura estatal, que no protegía al autor ni al impresor contra la intervención de la Inquisición y desanimaba, por tanto, a los escritores y mercaderes de libros. Estamos hablando de una época plagada de analfabetismo, sin duda, pero los esfuerzos

de las órdenes religiosas docentes y los del gobierno en fomentar la enseñanza pública no dejan de tener efecto. Como en siglos anteriores, la tradición oral evita el problema del analfabetismo, y lo cierto es que muchos libros se leían en alta voz en el siglo XVIII para que los que no leían disfrutasen. Escuchar lecturas o recitaciones era, por otra parte, del gusto de la burguesía y de algunos grandes señores en esta época. Torres Villarroel en su *Vida* se refiere a quien «leyere u oyere» sus aventuras. Los *Diarios* de Jovellanos ponen de manifiesto la tradición de las lecturas en voz alta en su círculo. A la gente «con letras» se le ofrecían diversas posibilidades de lectura. Sin comprar libros, se podía leer en algunas bibliotecas, y se aumentaba el número de las que se consideraban «públicas» en el siglo XVIII dejando entrar a todo el que no fuera gitano o mujer —al estilo de la Biblioteca Real— y no llevase ropa haraposa.

Fuera de Madrid se podía leer en varias ciudades a juzgar por las referencias encontradas en las listas de suscriptores a libros publicados en ese siglo. Me consta, por ejemplo, que había bibliotecas públicas en Sevilla, Valencia y Zaragoza, y puede que hubiera otras también. En algunas ciudades se podían leer periódicos (extranjeros y nacionales) en alguna cafetería o casa de comercio. Este tipo de facilidad existía en Cádiz y en Bilbao a fines del siglo XVIII. Todo esto contribuye a la mejor distribución de libros y con mayor venta según avanza el siglo.

Jaime Cerrolaza

Elías Canetti, un autor contemporáneo

Elías Canetti es un hombre de una sola novela, su gran novela, escrita a finales de los años veinte, *Auto de fe*. Aparte tiene una serie de novelizaciones autobiográficas desde su más tierna infancia, una serie de libros teóricos, de aforismos y de anotaciones, además de una inmensa obra de investigación, la famosa *Masa y poder*, alguna que otra obra de teatro y poco más. Pero ¿quién es Canetti? Sólo quiero dar un par de rasgos de quien nació en los confines del imperio austro-húngaro y llegó a ser el hombre más radicalmente cosmopolita que hay en la literatura del siglo XX, en lengua alemana, al menos. Su origen sefardita le proporciona un gran conocimiento de lenguas, aunque él sólo escribirá literatura en alemán. Su aprendizaje de esta lengua fue relativamente tardío, después del inglés y del francés. Para Canetti, el alemán es la lengua del amor entre sus padres, y también la lengua secreta que ellos manejaban, y de la que él, de niño, se sentía excluido. Esa lengua será, pues, la del asentamiento afectivo y la lengua de la cultura, y cuando viene el nazismo Canetti, como otros escritores de su época, se niega a dejar el campo de la lengua alemana a los nazis y la recupera para los demás.

Como súbdito austro-húngaro, como vecino de Viena, siente la preocupación por la crisis del lenguaje, especialmente importante en esa época en Austria dentro de los países de lengua alemana. Muestra también un rasgo importante como es el «mestizaje», que hace que el individuo que se maneja en varias lenguas, como si fuesen más o menos la suya, sea un tipo de hombre



de cultura que tiene una relación no inmediata sino mediata con el lenguaje, por muy bien que sepa esa lengua. Hay otro factor importante, y es la presencia de los elementos satíricos y grotescos en Canetti. Es por lo demás un literato puro, un

hombre dedicado exclusivamente a la literatura desde edad temprana, y, sin embargo, tiene una notabilísima, llamativa escasez de obra de ficción: estricta sólo tiene esa novela ya citada, *Auto de fe*, y las tres obritas de teatro. Todo lo demás es mezcla. *Auto de fe* está dividida en tres partes enormes, llamadas «Una cabeza sin mundo», «Un mundo sin cabeza» y «Un mundo en la cabeza». Es ésta su primera y única novela que curiosamente tiene ya una organización y una estructura programática para todo lo que va a ser este hombre, que en esos momentos todavía no tenía 30 años. Es decir, su primera obra marca el camino que va a seguir él en su literatura. Al principio de la novela se presenta al intelectual ignorante de la realidad, cómo es sometido, embaucado, en una serie de peripecias y cómo al final acaba con el mundo en la cabeza. Para Canetti éste es el tránsito del lenguaje del mundo al mundo del lenguaje. Años después inicia sus novelas autobiográficas con un título muy significativo, *La lengua absuelta*; y trata de esa liberación que es para él el acceso a la lengua alemana. Canetti, pues, se arma y su arma son las palabras. Escribe como contrapropuesta a un mundo inhumano, hostil, que está abocado a la autodestrucción. Y Canetti se resiste a este destino convirtiéndose en un *hombre-libro*, en uno de los hombres más conscientemente transgresores. □